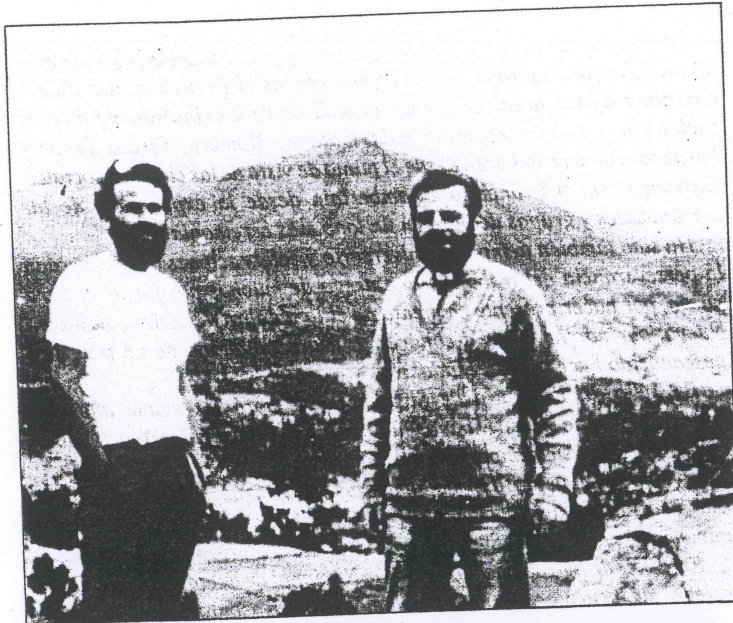


ACTUALIDAD

"En vez de sentir miedo sintamos más confianza"/

Eduardo Urdanivia



Michel Tomaszek y Zbigniew Strzalkowski



El padre Alejandro Dordi con un grupo de jóvenes

*"Sólo quiero comentar que en vez de sentir
miedo, sintamos más confianza, Dios nos cuida...
Al que confía en Dios no le puede suceder nada malo"*

Mons. Oscar A. Romero

En Pariacoto, el 9 de agosto de 1991, por la noche, Sendero Luminoso asesinó a dos sacerdotes, Michel Tomaszek y Zbigniew Strzalkowski, ambos de la orden de los Franciscanos Conventuales y de origen polaco. Junto con ellos fueron también asesinados Justino Maza León, profesor y alcalde del pueblo, y Domingo Padilla Chacpi, alcalde de la localidad de Cochabamba.

Pariacoto es un distrito del departamento de Ancash situado en la zona Yunga, no muy lejos de Casma, en el camino hacia la ciudad de Huaraz. Pariacoto es un pueblo de agricultores, pobre como muchos pueblos del Perú, con poca tierra cultivable y a orillas del río Casma que, igual que todos los ríos de la costa, baja magro nueve meses al año y turbulento durante los meses de lluvia en los Andes.

Ninguna riqueza extraordinaria caracteriza a Pariacoto, lo que hace fácil imaginar la pobreza de quienes viven en el pueblo y en sus alrededores. Alguna vez pasaron por sus tierras algunos funcionarios del Ministerio de Agricultura y de otras instituciones; pero ni unos ni otros aportaron nada que significara un mínimo adelanto para el pueblo. Pobreza y abandono por parte del estado son tierra fértil para que el discurso subversivo de

Sendero Luminoso tenga posibilidades de dar fruto; pero la presencia de la Iglesia se interpone en sus planes al ser la única institución que realiza una labor constante con la población con tareas concretas de promoción y asistencia, además de su prédica permanente en favor de una sociedad de paz y justicia.

Dos semanas más tarde, el 25 de agosto, Sendero Luminoso asesinó al Padre Alejandro Dordi, en Santa, diócesis de Chimbote. La razón es la misma que en el caso anterior: el testimonio eficaz y constante de un miembro de la Iglesia Católica se torna para Sendero Luminoso en un obstáculo para el trabajo proselitista y de divulgación de su ideología. Nuevamente hallamos los componentes de pobreza e ineficacia o no presencia del estado en la región; Chimbote, el puerto pesquero más pobre y caótico del mundo, tiene apenas unas pocas manzanas de ciudad con pistas y trazo reconocible; el resto es un vasto conglomerado de pueblos marginales en donde viven cientos de miles de hombres y mujeres en niveles a veces inimaginables de pobreza. Chimbote es el puerto que sirvió a José María Arguedas como fuente de información para escribir su novela póstuma *El zorro de arriba y el zorro de abajo*; y es, según lo pensó el escritor peruano, una alegoría del país entero.

Pero los crímenes no se detienen y no es sólo la Iglesia Católica la que está en la mira de Sendero Luminoso. Por mencionar sólo los asesinatos más recientes, encontramos que el 10 de agosto fueron asesinados Jesús Morales Bermúdez y Roger Huertas Paulino, alcalde y secretario municipal respectivamente del distrito de Huaura. El 11 de agosto fue asesinada la Sra. Carmen Rosa Velásquez de Albújar, alcaldesa de Pativilca. El 1º de setiembre fue asesinada la Sra. Juana Violeta López León, dirigente de un comité del "vaso de leche" en el vecino puerto del Callao. Y el 14 de setiembre murieron Fortunato Collazos Crespín y Alfredo Aguirre Beraún, dirigentes del asentamiento humano "Juan Pablo II", en Canto Grande, barrio marginal de Lima.

El asesinato de los dos sacerdotes franciscanos en Pariacoto ocurrió después de la misa respectiva. Ambos decidieron enfrentar a quienes los buscaban para matarlos, pues según testigos, sentían que la honestidad de su labor pastoral y su búsqueda de la verdad y la justicia eran defensa suficiente. Hubo entre ellos y los senderistas un largo tiempo de conversación, sin duda los sacerdotes expusieron su punto de vista sobre la tarea pastoral y de promoción que realizaban, pero como era de esperar ningún argumento convenció al grupo de terroristas, para quienes la fe en Dios es una dimensión humana incomprensible, y ven tan sólo que la Iglesia les significa un obstáculo para sus planes. Dentro de su "lógica", el pueblo campesino debe producir para autoabastecerse, sin aceptar ninguna ayuda alimentaria ni pretender ser beneficiarios de proyectos de desarrollo rural

cualquiera que sea su procedencia. Con un razonamiento semejante el supuesto diálogo de los senderistas con los sacerdotes no buscaba un esclarecimiento sino una definición de éstos hacia la posición del grupo subversivo.

Por su parte, el alcalde de Pariacoto, profesor Justino Maza fue también asesinado por representar una institucionalidad legal contra la que lucha Sendero Luminoso; y el alcalde de la comunidad campesina de Cochabamba fue muerto -aunque al parecer no estaba en los planes de los subversivos matarlo- porque simbolizaba una organización de campesinos que estaba en proceso de aunar esfuerzos para el cuidado de sus cosechas. La Iglesia Católica, las autoridades políticas locales y los campesinos organizados se han convertido -sin buscarlo- en los enemigos más importantes de Sendero Luminoso, por ser los sectores que presentan resistencia a las propuestas terroristas.

La noticia de estos crímenes se supo en Chimbote en la madrugada del día 10 de agosto. El Obispo, Monseñor Luis Bambarén, llegó al lugar de los hechos a las 6 a.m., junto a los cuerpos de los sacerdotes y alcaldes se hallaron unas notas escritas por los asesinos, ellas daban cuenta de la razón del crimen: "así mueren los que hablan de la paz... los que lamen el imperialismo". Ante hechos como los ocurridos, y ante frases como las dejadas junto a los cuerpos de las víctimas, pareciera que cualquier comentario huelga, sobra, está demás; todo parece tan desnudo y evidente a los ojos de cualquiera. Pero son hechos que en medio del dolor que nos causan no nos deben conducir al desconcierto ni a la desesperación estéril. Reaccionamos sin duda como humanos que somos, con llanto e ira, pero la razón y la fe deben imponerse; todo esto no es sino signo de un llamado del Señor a una entrega aún mayor por parte de quienes seguimos en este mundo, en el Perú.

El Padre Alejandro Dordi fue asesinado de forma igualmente violenta; esta vez no hubo diálogo; era un lugar desolado y desértico entre los pueblos de Vinzos y Rinconada; tres balazos en la cabeza acabaron con la vida de este sacerdote, por la misma razón, por hablar de paz y dar testimonio de ella con su acción pastoral; eran aproximadamente las cuatro de la tarde. A las siete de la noche un vendedor de chupetes descubre el cadáver y avisa a la policía. Al día siguiente Monseñor Luis Bambarén presidió una misa de cuerpo presente en la parroquia de Santa, en Chimbote.

En medio de este ambiente marcado por el martirio de los tres sacerdotes y el asesinato de varios dirigentes de organizaciones populares, hubo pronunciamientos de diversos sectores de la Iglesia: Orden de Franciscanos Conventuales, Diócesis de Chimbote, Conferencia Episcopal Peruana, Movimientos de Laicos, y el Papa Juan Pablo II envió sendas notas de pésame.

Los hechos de los asesinatos de los sacerdotes y los dirigentes populares han sido recogidos con detalle por diversos medios de prensa; la irracionalidad y la crueldad presiden estos actos, y no es cosa de detenerse en describir el ensañamiento de los asesinos con sus víctimas. Cualquier muerte es de por sí terrible; lo es más cuando un ser humano mata a otro, teniendo como única razón para hacerlo el hecho de que la víctima es alguien cercano al pueblo sufriente del Perú.

*"Aunque pase por valle tenebroso, ningún
mal temeré, porque tú vas conmigo..."
Salmo 23, 4*

Para el Perú estos son tiempos de prueba, nadie lo duda ya, por el contrario, todos lo repiten, desde los más pobres hasta los más ricos, aunque la prueba tenga hondas diferencias para unos y otros. Pero cuando el terror se convierte junto con el crimen en un arma, poderosa sin lugar a dudas, para amedrentar, entonces como dice el refrán popular todos nos igualamos ante la muerte. Este nivel de hondura de la prueba es ya el fondo que se supone que posee toda época difícil, porque se juega nuestra vida como sociedad y, sobre todo, porque la existencia personal orilla constante y peligrosamente los abismos de la muerte. Cuando cualquier decisión que tomemos y que signifique un compromiso honesto y tenaz por la causa de los más pobres, conlleve el riesgo de morir, entonces hemos llegado al último círculo del infierno, donde no nos quedan sino dos caminos: o encender la vida con el fuego de la verdad del amor a los demás, o congelarnos en la opción individualista que si bien puede conservarnos -con suerte- la existencia material, nos arrebatara en cambio esa otra y única manera de existir siendo fieles al Señor, que es la entrega personal.

Así lo veo ahora y cada vez con más claridad. Crecientemente, en el Perú ya no se puede separar la vida personal de la vida colectiva; poco a poco, con violencia, acaso sin que nos percatemos de ello con lucidez plena, los proyectos personales pasan por y se hacen una sola historia con los proyectos colectivos, y de manera específica con las aspiraciones grupales de las inmensas mayorías que llevan, empobrecidas, el peso de este tiempo de prueba.

Si esto es verdad para el Perú en tanto sociedad y nación, lo es aún más para la Iglesia. Esta considera, además, que los tiempos que vivimos son tiempos de gracia, porque en ellos la fe halla la ocasión de comprobar

su hondura y su eficacia. Y esto no se siente así porque la Iglesia tenga vocación de mártir, sino porque su tarea es dar testimonio de amor en medio de los más pobres, y ello está hoy marcado por el riesgo de perder la vida. Tiempos de gracia que aceptamos, sí, pero que, sobre todo, queremos despojar de esos signos de muerte, de terror, de violencia, de locura, de hambre, de irracionalidad e ira.

Lo han dicho y repetido en estas últimas semanas diversas voces dentro de la Iglesia: la misión de ella es irrenunciable, el seguimiento de Jesús conlleva el hermanarse con los que hoy sufren más el abandono material y afectivo, no puede renunciarse a ello sino a riesgo de quitarle a la vida cristiana su sustancia. Pero con la misma lucidez con que se asume el peligro, con esa misma fuerza y claridad se lucha por la justicia y por la paz.

La matanza debe terminar, pero también deben acabar las razones que la originan, es decir, la injusticia de las estructuras nacionales que enriquecen a unos pocos y condenan a los más a la eterna inseguridad material y afectiva de la pobreza y la carencia de todo bien.

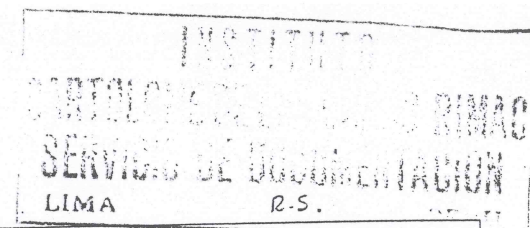
Igualmente, con el mismo espíritu evangélico con que se perdona a quienes ha asumido el asesinato como arma política, se les exige que cesen su tarea de matar, que la vida no se construye sobre cimientos de muerte, que ninguna dicha futura se levanta sobre la desgracia de las víctimas, que hombres y mujeres estamos hechos para vivir y dar vida, que ésta es un derecho inalienable, que es incluso un instinto por el que todo ser viviente escapa del peligro y de lo que puede causarle la muerte.

El perdón de las ofensas es central en la espiritualidad cristiana, lo mismo que el amor al prójimo y al enemigo. Y ese perdón no se debe dar una vez sino hasta setenta veces siete, y debe darse sin previa discusión de la ofensa y de las responsabilidades. Es duro, pero es así, a ese extremo debemos amar y perdonar; después, sin embargo, una vez reestablecida la relación debe tener lugar una honda revisión de vida que conduzca a establecer las condiciones para que las ofensas no se repitan. Y aquí, a ese nivel, entra ya a jugar un papel clave la sociedad civil y sus instancias y organizaciones representativas. Todo ello es parte de nuestra fe pero es mucho más también e involucra a creyentes y no creyentes.

Queridos Michel Tomaszek, Zbigniew Strzalkowski, Alejandro Dordi, Sra. Juana López. Sr. Justino Maza, Sr. Domingo Padilla, Sr. Fortunato Collazos, Sr. Alfredo Aguirre, y todos aquellos que han dado su vida por la paz y la justicia, descansen en esa paz que en vida tanto buscaron, cada

uno de nosotros seguirá desde su puesto en la sociedad haciendo lo suyo para que la paz podamos tenerla aquí en esta tierra nuestra.

A quienes matan les repetimos las palabras de Monseñor José Dammert en la jornada de oración por la paz: "...en nombre de Cristo les perdonamos como El perdonó desde la cruz. Y le digo a Abimael Guzmán y a sus partidarios que la paz sea también con ellos para que se convenzan que es el único camino".



REFLEXION

Sobre la relación estado y sociedad civil en el Perú/

Catalina Romero

Cuando mis hijos eran chicos solía contarles un cuento sobre un elefante al que le gustaba pasear junto a un río viendo reflejar su imagen en el agua. Se veía grande, fuerte, sonriente, satisfecho de sí mismo. Un día tropezó con una piedra, cayó y dejó de verse. Asustado al no ver su imagen pensó que había desaparecido. Así permaneció tendido en el suelo por un largo rato hasta que algo le molestó y dio un salto, se puso de pie y ¡zas! allí estaba su imagen otra vez ⁽¹⁾. El cuento sigue pero la idea es suficiente para mi argumento. A menudo pienso qué es lo que puede haber pasado con el movimiento popular, con el pueblo como sujeto, con los protagonistas de la política que hasta las últimas elecciones en 1990 eran grandes, fuertes, sonrientes y satisfechos de sí mismos y que repentinamente desaparecieron. ¿Será que lo que dejamos de ver es su imagen, pero aún están ahí listos a levantarse? ¿Será que aún siguen de pie pero los ríos se han secado o partido en riachuelos y acequias que sólo los reflejan en segmentos pequeños o distorsionados? Quizá sólo se han distanciado y el efecto resultante es el mismo; transcurren las aguas sin sujetos que se miran en ellas y los sujetos caminan sin verse a sí mismos buscando los cauces por temor a desaparecer...

(1) El cuento pertenece a Laura Devetach; en *Monigote en la Arena*. La Habana: Premio Casa de las Américas, 1975 pp. 13-29.